Domingo 24 de octubre de 2021 ELPAÍS **35**

CULTURA

La profesora de Clásicas y figura mediática publica 'Doce Césares'

En su nuevo libro analiza cómo Roma ha moldeado las formas de poder

En 2022 se jubilará tras cuatro décadas en la docencia. "Es hora de dejar sitio"

peccionar otros puntos ciegos a partir de un surtido anecdotario. Por ejemplo, comprendió mejor la condición solitaria del gobernante. "Soy una republicana convencida, pero ahora entiendo mejor a los reyes. ¿Cómo pueden creer en su excepcionalidad cuando, en el fondo, son seres corrientes, cobardes y llenos de defectos? Entendí que su primera misión nunca es hacer que los otros crean en su poder, sino empezar por creérselo ellos mismos", asegura Beard. Entre otras cosas, para eso servían las estatuas: para impresionar a los súbditos, pero también para que los poderosos vieran en ellas el reflejo embellecedor de sus personajes públicos.

Nuevos desafíos

A Beard le recuerda a Lady Di, que solía empezar el día, según los tabloides de la época, pasando revista a las fotos de sí misma que publicaban. "Se interpretó como una forma de vanidad, y lo era. Pero en su gesto veo un problema parecido al de los emperadores que erigían estatuas en su honor: necesitaba ese reflejo para poder creer en su personaje público", sostiene. "En el corazón de la monarquía hay un vacío enorme, mucho mayor de lo que podamos imaginar".

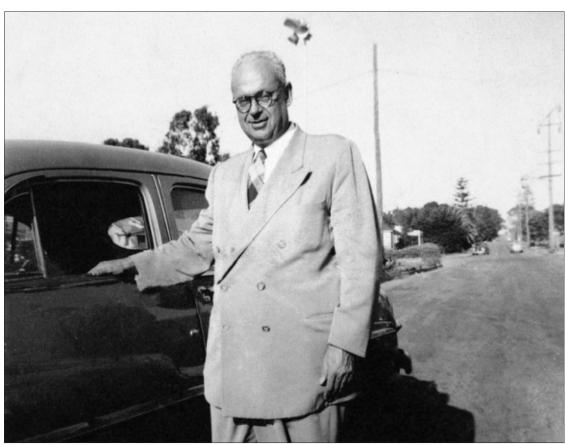
La propia autora se ha convertido en un personaje público, algo que nunca sospechó cuando era una niña que crecía en un apacible pueblo de Shropshire, condado de las Midlands limítrofe con Gales, durante una infancia que recuerda como "una fantasía rústica, excepto porque no teníamos retrete dentro de casa". Hoy es la especialista más leída, premiada y aclamada, im-

parte concurridos seminarios y cuenta con un programa semanal en la BBC y una columna en el London Review of Books. ¿Siente que ella también ha conquistado algo parecido al poder? "No lo sé, pero espero no acabar como Lady Di. Si tengo poder, es solo un poder cultural, que suele ser muy fácil de repudiar", descarta. La historiadora tiene 300.000 seguidores en Twitter, red social en la que ha tenido derecho a una dosis considerable de críticas e insultos que ella sabe rebatir con buenos modales. Cuando un joven británico la tildó de "vieja zorra asquerosa", Beard acabó almorzando con él. Al final de la comida, el chico le pidió perdón.

Beard se jubilará el año que viene después de más de 40 años en la universidad. "Es hora de dejar sitio. El mundo académico es poco acogedor para quienes vienen de abajo. Los de mi edad debemos apartarnos", responde. "Cuando tienes una pensión decente y ya has pagado tu hipoteca, da una oportunidad a otros. Luego quéjate sobre lo mal que lo hacen, pero no te aposentes en el poder". La universidad ha cambiado mucho desde los setenta, cuando ella llegó a Cambridge. "Entonces había un 12% de mujeres. Los hombres eran casi todos blancos y pijos. Como en la Atenas del siglo V, ¡qué fácil es la libertad de expresión cuando todo el mundo es igual que tú!", ironiza.

No ve problema Beard en las resistencias que sus estudiantes expresan respecto a algunos textos clásicos, como las Metamorfosis de Ovidio, que algunos preferirían no leer por el grafismo de sus violaciones. "Yo digo que hay que leerlo para entender la violencia masculina, pero puedo entenderlos. Los estudiantes levantan la voz igual que lo hacíamos nosotros con otros temas. Seríamos una universidad lamentable si los jóvenes aceptaran sin rechistar lo que les damos. Su trabajo es desafiarnos, aunque, de vez en cuando, también podrían escuchar... En cualquier caso, no voy a dar clases con miedo a ser cancelada. Es un debate exagerado por los medios y por personas que no entienden que la universidad ha cambiado para bien".

En la Universidad de Brown, miembro de la selecta Ivy League estadounidense, un colectivo de estudiantes exigió en 2020 que se retiraran del campus dos estatuas de emperadores romanos, César Augusto y Marco Aurelio, al considerarlos "supremacistas blancos". "Si lo que salio en la prensa es verdad, necesitan una buena clase de historia", bromea Beard, aunque desconfia del sensacionalismo de los medios con este asunto. En cualquier caso, no cree que todas las estatuas deban caer. "Algunas celebran un poder injusto, pero no todas. Siempre pienso en la estatua de Carlos I en Trafalgar Square, el monarca que observa el lugar donde fue ejecutado. No está ahí para que lo celebremos, sino para recordar que, a veces, hay que matar por el progreso. Estatuas como esa nos recuerdan que, para obtener la democracia, tuvimos que acabar con ese tipo".



Leo Steinem, padre de Gloria, en 1949 en una fotografía de la colección de la activista.

A VUELA PLUMA / ELVIRA LINDO

Una manera de curar el machismo

curría de pronto que ante unos desconocidos y como sin venir a cuento mi padre se ponía sentimental, y decía, "así ha sido, me ha tocado actuar como padre y madre". La visita se quedaba mirándole como quien tiene ante sí al héroe del melodrama, y a mí se me fijaba esa sonrisa tensa de quien no comparte lo que escucha y espera que ese momento enojoso pase cuanto antes. A menudo los hijos expresan su verdad con un silencio a voces. Porque no, mi padre no fue jamás una madre, al menos lo que entendía su generación por madre, esa mujer que llenaba con su presencia la casa, que cuidaba, que es-

piaba los ciclos íntimos de sus hijas, vigilaba los vagabundeos, esperaba a que llegaras, fiscalizaba, perdonaba. Más que de abnegación, se trataba de un papel asu-

mido y obligado. Pero mi padre tenía la manía de reivindicarse porque era vanidoso y astuto, y sospechaba que al hombre vividor que era pastorear (el verbo es suyo) a cuatro hijos le había venido muy grande. La vida se nutre de conversaciones pendientes, y en una de esas que nunca tuvimos le diría que jamás esperé de él el calor de un nido, sin embargo, aprendí algunas cosas que me han servido de mucho: cierto espíritu aventurero, una curiosidad infatigable por los desconocidos y la facultad de ir haciendo amigos allá por donde

He tenido muy presente su figura paterna leyendo el libro de memorias de Gloria Steinem, *Mi* vida en la carretera (Alpha Decay), que da cuenta de un espíritu inquieto heredado sin duda de un padre alegre y desarraigado. Leo Steinem, viajante y viajero, comerciaba con antigüedades de poca monta. Con el optimismo de los insensatos siempre pensaba haber dado con la clave del éxito, pero jamás hizo fortuna, no tuvo domicilio fijo, obligó a su mujer y a sus hijas a un vagabundeo constante por las carreteras americanas, concediéndoles involuntariamente un conocimiento del país que años más tarde serviría a la joven Gloria para compaginar escritura y activismo. Desde los seis años, la niña aprendió a envolver los cachivaches que su padre vendía, a entrar a los locales de carretera para liar al depen-

Desde los seis años, Gloria Steinem aprendió a entrar a los locales de carretera para liar al dependiente y llevarse algo de más

diente y llevarse algo de más. Me vino a la mente esa encantadora pareja de *Luna de papel*, en la que Ryan y Tatum O'Neal, hija y padre en realidad y ficción, viajan perpetrando timos de chichinabo para sobrevivir. Steinem confirmó mi sospecha: se ve a sí misma como aquella niña obstinada de la película de Bogdanovich.

Los padres de la que sería referente feminista universal se separaron cuando ella cumplió diez años. Su madre, una mujer de temperamento quebradizo, no pudo soportar más aquel nomadismo constante y se recluyó en su mundo interior, cuidada por sus hijas algunas veces y otras internada en un hospital psiquiátrico, sin gozar jamás de un círculo de amigos que la protegiera. El padre, en cambio, murió en la carretera, rico en amigos, pobre

en posesiones, dispuesto a la aventura hasta el último aliento, proclive al hedonismo del pobre: los helados, las copas compartidas, el horizonte abierto. Lo más valioso de la historia es que Gloria Steinem, feminista implacable, no los juzga. No reparte los papeles esperables de víctima y culpable. Muy al contrario, afirma que desde niña se preguntaba cómo dos personas tan opuestas decidieron unirse en matrimonio.

Confieso que me alegra que alguien de la relevancia de Steinem sea tan ecuánime a la hora de describir a la extraña pareja que formaron sus padres y de re-

conocer que una vida como la suya, entregada al activismo, nace de aquella propensión paterna a la acción, a la vida sobre ruedas. Admite que debe más en ese aspecto a su padre, por

más que quiera a ambos por igual. Hay muchos libros sobre la maternidad en estos tiempos. En mi opinión, acentúan demasiado el aspecto fisiológico del acontecimiento, como si lo más importante fuera el desgarro físico que sin duda se produce. Se ha creado una especie de melodramatismo en torno al hecho de ser madre, que además se reduce a los hechos biológicos de los primeros años: parto, teta, apego, noches sin dormir, cuando la maternidad es un viaje de largo recorrido. Esa proliferación de historias de madres ha desdibujado al padre, a esos padres que aun ejercitando torpemente su oficio fueron esenciales en nuestra futura independencia. Cuántas veces el machismo se les cura con el deseo de que las hijas brillen. Eso piensa Gloria Steinem.